

del Salvador, este beneficio debe alcanzar á todos, puesto que todos somos culpables. Verdad es que en nuestra vida de hombres nuestros méritos y nuestras faltas son diferentes; miéntras que unos se acercan á Dios, los otros se alejan de él. Pero este alejamiento cede al poder de Jesucristo; no hay vicio, por enorme que sea, que no se cure con el tiempo; el Verbo y sus remedios son más poderosos que las enfermedades del alma (1); abarca á todas las criaturas en su amor, que es infinito como su poder. Hay más. La creacion es una y solidaria. Así como en un principio la beatitud era el estado de todos los espíritus, despues de la consumacion de los siglos todas las almas recobrarán su naturaleza de ángel. Si una sola quedára sumida en las tinieblas, las otras sufrirían; su felicidad no sería perfecta, lo cual es contradictorio. El Salvador mismo no está exento de esta ley general; Orígenes dice de él en su admirable caridad: «Miéntras hay una criatura sumida en la iniquidad, Cristo no puede regocijarse» (2).

La antigüedad habia creado un tipo del vicio, un genio del mal, Satanás, que tantos terrores infundió en las imaginaciones de la Edad Media. La salvacion universal ¿alcanzará tambien al principio de los infiernos y á sus dominios? La solucion que Orígenes se atrevió á dar á esta cuestion suscitó contra él una oposicion furiosa; en su aversion al Espíritu de las tinieblas, los cristianos no podian perdonar al teólogo filsofófico que hubiese querido mirar el cielo con el infierno. Este audaz pensamiento del Padre griego es una consecuencia lógica de todo su sistema. No hay criatura que sea sustancialmente mala. Satanás, lo mismo que Jesucristo, ha sido creado puro; si ha tenido el funesto privilegio de resumir en sí todo lo que hay de malo en las almas caidas, esto no es más que un accidente de su libre arbitrio; esta disposicion puede, pues, cambiar y debe acabar por volver al bien. Así lo quiere la ley de la creacion. Dios ha creado á todos los seres para que vivan, y los que han sido creados para la vida no pueden dejar de ser (3).

(1) ORÍGEN., c. *Cels.*, VIII, 72.

(2) IBID., *Homil. in Levit.*, VII, 2: «*Salvator meus letari non potest, donec ego in iniquitate permaneo.*»

(3) ORÍGEN., *De Princ.*, III, 6, 5; I, 6.

Así, despues de largas aberraciones, á través de los sufrimientos inherentes á nuestro estado de degradacion, remontamos progresivamente hácia Dios, hasta que haya sido vencido el último enemigo, la muerte. ¿Cuál será el destino de la creacion cuando haya llegado el término de su viaje? La unidad en Dios. Escuchemos á Orígenes: «Yo creo que la verdad que nos han enseñado de que Dios será todo en todos, debe interpretarse entendiendo que Dios será todo en cada uno. Será todo en cada uno en el sentido de que todo lo que el sér racional, despues de haber sido purificado de todo vicio y de toda mala inclinacion, puede sentir, comprender, pensar, será enteramente Dios; que el sér no podrá ya ver nada, abrazar nada que no sea Dios; que Dios será el modo y la medida de todos sus movimientos. Así es como Dios será todo. En efecto, la distincion del bien y del mal no existirá ya, puesto que, siéndolo todo Dios, en quien no hay ningun mal, no podrá ya haber mal; y, puesto que todos estarán en el bien, y que Dios será todo en cada uno, no habrá ya deseo de llegarse al árbol del bien y del mal. Así, juntándose el fin con el principio, el estado de la naturaleza racional volverá al tiempo en que nadie aún habia osado tocar al árbol del bien y del mal, á fin de que, desapareciendo toda malicia, para no dejar lugar más que á lo puro y á lo verdadero, Dios, que es el único bien, lo haga todo, y no en algunos ni aún en muchos, sino que sea todo en todos» (1).

§ III. —Apreciacion de la doctrina de Orígenes.

En apariencia la doctrina de Orígenes es la más magnífica teoría del progreso, puesto que desde el estado de imperfeccion en que nos encontramos nos conduce hasta Dios; en realidad está atacada de un vicio radical. La prevaricacion de los espíritus, creados puros y perfectos, es el punto de partida de toda la filsofía de Orígenes. Este dogma es falso y ha hecho caer al gran teólogo en los más graves errores.

(1) ORÍGEN., *De Princ.*, III, 6, 3 (traducc. de REYNAUD). C. c. *Cels.*, IV, 29.

Y en primer lugar, ¿qué es esa unidad final en Dios, que Orígenes nos presenta como término de nuestro destino? Es la creación que vuelve á su principio; pero este regreso no es definitivo; en el sistema de Orígenes no puede serlo. En efecto, ¿cuál ha sido la causa de nuestra primera caída? El libre arbitrio. Ahora bien, al volver á Dios, conservamos nuestra libertad. Subsistiendo la causa de nuestra prevaricación, es inevitable una nueva caída, y así sucesivamente hasta lo infinito (1). Orígenes no se explica categóricamente respecto de la formación sucesiva de nuevos mundos; pero esta consecuencia de sus principios es demasiado evidente para que podamos vacilar en atribuirle esta creencia. Así es que San Jerónimo y Justiniano la toman como objeto de sus acusaciones (2). Orígenes volvía á caer, sin darse cuenta de ello, en el panteísmo del Oriente y de los estóicos. Los Indios y los filósofos griegos admitían igualmente destrucciones y renacimientos alternativos del universo. Verdad es que el teólogo cristiano se separa del Oriente en un punto esencial. En la creencia india y estóica los mundos nuevos son la repetición exacta de los antiguos; cada sér vuelve otra vez á tomar fatalmente su antigua existencia y recorre el mismo círculo de errores y de vicios. Orígenes toma por punto de partida la libertad; los universos varían, pues, necesariamente de una creación á otra (3). Pero si el teólogo griego evita el fatalismo, por su firme convicción del libre arbitrio, cae en otro escollo igualmente peligroso. Cuando hemos vuelto á la unidad divina, toda diversidad cesa, reina en las almas la igualdad más absoluta. Al prevaricar nuevamente por un efecto de nuestra voluntad, ¿cuál será nuestro destino? Es independiente de la existencia anterior; emprendemos una vida nueva, en la cual los méritos y las faltas de nuestra vida anterior no influyen en nada sobre nuestra categoría en el orden moral. Hay en esto una solución de continuidad desconsoladora; los esfuerzos que hemos hecho para acercarnos á Dios quedan perdidos, estamos condenados á emprender eternamente el mismo trabajo, sin que nuestra virtud

(1) ORÍGEN., *De Princip.*, II, 1, 3; II, 3, 3; III, 6, 3. — RITTER, t. I, p. 525.

(2) HIERONYM., *epist.* 94 *ad Avit.* (t. IV, P. II, p. 763). JUSTINIAN., *ad Menam.*

(3) ORÍGEN., c. *Cels.*, IV, 68; *De Princip.*, II, 3, 4.

en una de nuestras series de existencias nos aproveche en la otra. A la vista de este suplicio de Sísifo es cosa de desear el aniquilamiento, como los bouddhistas.

La raíz de estos errores está en el punto de partida de Orígenes. Enseña que los espíritus, en el momento de su creación, están en un estado de perfección angélica, que su unión á los cuerpos es una caída, y que el objeto de nuestra vida es rehabilitarnos de esta degradación para unirnos á Dios. ¿De dónde viene este dogma de la caída? Procede de un espiritualismo exagerado, que considera al cuerpo, no como un límite necesario para la manifestación del alma, no como un órgano del espíritu, sino como una prisión, en la cual el alma, esencia divina, sufre una pena. De aquí la creencia de la caída, que bajo diversas formas aparece en las religiones y en las filosofías de la antigüedad. La humanidad ha desechado esta concepción, que la degrada en su esencia; tiene acerca de su destino una idea más consoladora. El hombre parte del estado de imperfección, y se acerca progresivamente á Dios. Si es imperfecto, esto no quiere decir que sea culpable; es imperfecto como criatura, pero posee en sí la fuerza necesaria para avanzar en el camino infinito del progreso. ¿Este progreso vendrá á parar en la unión con Dios? También en esto se separa la filosofía moderna de la doctrina de Orígenes y del antiguo Oriente. Por el solo hecho de ser el hombre una criatura no puede llegar á la perfección del Creador; basta para satisfacer nuestra necesidad de felicidad y de perfección que éste sea nuestro ideal y que dependa de nosotros el acercarnos á él. La Iglesia ha tenido, pues, razón al condenar la unidad final en Dios, tal como Orígenes la concebía (1).

Pero la Iglesia ha ido demasiado lejos deteniendo el desarrollo de la personalidad humana, ya en la muerte, ya en el juicio final. Hay progreso continuo, á través de una serie infinita de existencias; no hay momento de interrupción en esta marcha progresiva, ni en el sentido de la Iglesia, ni en el sentido de Orígenes. De esta manera evitamos la barbarie de la teología católica, que condena á la inmensa mayoría del género humano, sin dejarle la fa-

(1) *Concilio de Constantinopla*, de 544 (MANSI, IX, 395).

cultad de enmendarse y de salvarse. Evitamos también la destrucción de las personalidades. El hombre, una vez creado, subsiste eternamente. De aquí resulta que nuestro trabajo de perfeccionamiento no es estéril; no perderemos lo que hayamos ganado en virtud, y la condición de nuestras existencias sucesivas depende del empleo de nuestras facultades. Esta consoladora convicción descansa en una base inquebrantable, la justicia de Dios, idéntica con su bondad. Acerca de este punto Orígenes ha presentido la verdad. Impresionadas por el espectáculo de las desigualdades humanas, que en apariencia son obra de una ciega fatalidad, algunas sectas poderosas (1) se negaban á creer que este mundo fuera obra de Dios. Orígenes les responde que, si el mal y el bien están desigualmente distribuidos entre los hombres, esta desigualdad no puede ser más que una pena ó una recompensa. La justicia de Dios requiere que estas penas y estas recompensas sean una consecuencia de nuestros méritos y de nuestras faltas. Cada uno de nosotros hace su destino. Nuestra entrada en este mundo es una consecuencia rigurosa de nuestra vida anterior, y las condiciones de nuestra vida futura dependerán del uso que en esta hagamos de nuestro libre arbitrio.

Esta explicación de las desigualdades humanas puede ser aceptada por la filosofía. Pero Orígenes va más lejos. Su espiritualismo excesivo le hace ver una pena en todo nacimiento; no solamente la vida es una pena, sino que es la consecuencia de una degradación de nuestra naturaleza. Sigamos al teólogo filósofo en las aberraciones que se deducen de su doctrina. El hombre es un ángel caído, el cuerpo es una prisión en la cual expia el alma sus extravíos; la vida, considerada como un castigo, es un mal (2). Teniendo en cuenta el dogma cristiano de la resurrección de los cuerpos, Orígenes no se atreve á condenar la materia de una manera absoluta. Solamente ataca al cuerpo como impuro, pero acumula todos los pasajes de la Biblia que muestran su poco valor. «Yo he sido formado en la iniquidad, dice el Salmista, y mi madre me ha concebido en el pecado. Los pecadores han pecado en

(1) Las escuelas de MARCION, de VALENTIN, de BASILIDES.

(2) ORÍGEN., *De Princip.*, I, 1, 5; c. *Cels.*, II, 42.

las entrañas de sus madres; han errado, han mentido en el vientre de sus madres.» El Sabio exclama: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad..... Todo hombre viviente no es más que vanidad. Nuestra alma ha sido humillada en el polvo; tú me has puesto en el polvo de la muerte.» San Pablo reúne todas estas maldiciones en un inmenso grito de dolor: «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» ¿Cuál es, pues, el papel del cuerpo, según Orígenes? El cuerpo no es precisamente el mal, puesto que la raíz del mal está en nuestra voluntad; pero el cuerpo, sus exigencias y sus pasiones son el mayor obstáculo para el bien. El cuerpo es el enemigo del espíritu; es preciso domarle de manera que no quede más que el espíritu, imagen de Dios. Esta doctrina tiende nada ménos que á romper la vida; la vida no es más que una aspiración á la muerte (1).

La vida de Orígenes es la práctica de su doctrina y pone de relieve sus peligros. Quiso ya en este mundo realizar el deseo de San Pablo y librarse de *este desgraciado cuerpo de muerte*. No siendo el cuerpo más que la prisión del alma, un accesorio miserable, que más adelante ha de desechar (2), todas nuestras necesidades, todos nuestros instintos son una ignominia que revela el pecador: importa, no ya domarlo, sino matarlo. Orígenes había leído en el Evangelio: «*Vende lo que tienes*, y vendió lo que tenía: *No tengas más que una capa y no uses calzado*, y no tuvo más que una capa y no usó calzado: *No te ocupes de tu alimento*, y despreció su alimento.» Otra palabra de Jesús, mal interpretada, exaltó su desprecio del cuerpo hasta el delirio: «Hay hombres que son eunucos desde el vientre de su madre; los hay que han sido hechos eunucos por los hombres; *los hay, por último, que se han hecho eunucos á sí mismos por alcanzar el reino de los cielos*; el que pueda entenderme me entienda.» Orígenes lo entendió literalmente é hizo en sí mismo temeraria aplicación.

Orígenes tuvo imitadores. Su acción criminal fué condenada por la Iglesia, pero los principios que la habían inspirado lleva-

(1) ORÍGEN., c. *Cels.*, IV, 66; II, 42; *De Princ.*, III, 4, 1; I, 8, 4; *Comment. in Matth.*, XVI, 29.

(2) ORÍGEN., *De Princ.*, I, 7, 5; II, 3, 2: «*Consumetur corporalis omnis natura et redigetur in nihilum.*»

ron á los desiertos del Egipto aquellos innumerables anacoretas que mutilaban su alma y su cuerpo á un mismo tiempo. La vida solitaria es una consecuencia lógica de la doctrina de Orígenes: « Los cuerpos, la vida, el mundo solamente existen porque hemos caído de nuestra naturaleza espiritual; el objeto de la expiación que sufrimos es restablecernos en nuestro estado de ángel. » Todo el que llegue á penetrarse de esta creencia despreciará la naturaleza, la materia, la sociedad, todo este mundo físico y moral, triste producto de nuestra caída, signo humillante de nuestra degradación; huirá de la sociedad de sus semejantes para entregarse en la soledad á todas las mortificaciones de la carne que puede sugerir una imaginación exaltada (1). Respetamos el sentimiento religioso que animaba á los anacoretas, pero este sentimiento, extraviado por una falsa concepción de la vida, conduce á extravagancias que rayan en locura. Si el desprecio del cuerpo y de la existencia terrenal hubiera podido ser una creencia general, hubiera traído consigo la destrucción de la humanidad. El instinto de la conservación reobró contra estos excesos. La vida de los anacoretas no fué más que un accidente en la historia. Lo mismo sucede con la teología de Orígenes, que es, en cierto modo, la teoría del ascetismo; es una herejía en el desarrollo de la filosofía. La Iglesia ha protestado contra la indignidad de la naturaleza humana, presentándola unida al Verbo. La filosofía acepta por este concepto la condenación de Orígenes.

El falso dogma de la caída y de la indignidad de la naturaleza humana ha extraviado al ilustre teólogo. En lugar de subordinar el cuerpo al alma mata al cuerpo. En lugar de renovar la sociedad antigua por medio del espíritu cristiano, se separa de ella; el mundo desaparece á sus ojos, no trata de trasformarlo, quisiera destruirlo. Sin embargo, la Iglesia no ha tenido mayor pensador que Orígenes y la filosofía debe contarle con orgullo en el número de sus discípulos. Y es porque en medio de sus errores tiene elevadas aspiraciones hácia una doctrina que tiende á ser la creen-

(1) Sobre esta frase del Levítico: « Sed santos, porque yo también, vuestro Señor, soy santo », ORÍGENES pregunta lo que debe entenderse por *santo*. Contesta que lo es el que se retira del mundo para consagrarse completamente al Señor (*Homil. XI, 1 in Levit.*).

cia de la humanidad moderna. El Padre griego se separa enteramente de la antigüedad en la importante cuestión del origen del mal. Los filósofos lo buscaban en la materia, y de aquí sacaban la desconsoladora consecuencia de que siempre habria la misma cantidad de mal en el mundo; era en vano que este mundo pereciera, porque renaceria bajo el imperio de la misma fatalidad. Orígenes opone á esta falsa doctrina el principio de la libertad humana y el de un gobierno providencial que lo va mejorando todo (1). El mal no es, pues, una cosa fatal, necesaria; no tiene nada de definido, de positivo; no tiene más que una existencia negativa (2). Es producto de la libertad humana y puede y debe disminuir con el auxilio divino. Esta es la fórmula filosófica del progreso. La Iglesia ha condenado esta doctrina audaz que va más allá del cristianismo; no se ha atrevido á conceder á uno de sus más grandes teólogos, de sus más heroicos mártires, un lugar entre sus santos. La filosofía, más generosa, más universal que la Iglesia, abre sus filas á Orígenes y le tributará el culto que se merecen los grandes genios que ilustran á la humanidad (3).

(1) ORÍGENES, c. *Cels.*, v, 21: *ἡμεῖς δὲ, κατὰ τὴν ἀναλογίαν τῆς σχέσεως τῶν ἐφ' ἡμῖν ἐκάστου, οἰκονομεῖσθαι ὑπὸ τοῦ θεοῦ λέγοντες τὸ πᾶν, καὶ αἰεὶ ἀγεσθαι κατὰ τὸ ὑπερχόμενον ἐπὶ τὸ βέλτιον.*

(2) ORÍGENES, c. *Cels.*, iv, 63; *in Joh.*, II, 7.—RITTER, p. 534, 535.

(3) JUAN DE MULLEB, el gran historiador, dice que los obispos que condenaron la doctrina de ORÍGENES no llegaban á la suela de su zapato. Se lamenta de que el cristianismo no haya seguido marchando por la senda trazada por el Padre griego (*Carta de 28 de Diciembre de 1799, t. XXXII, p. 91*).